

Reencuentro en España

Leonardo Sbaraglia¹

El modo en que el cine español ha llegado a reunir a colegas argentinos que no habían trabajado juntos previamente constituye, sin lugar a dudas, una experiencia magnífica. Nada más aplicable al caso que mi propia circunstancia profesional. Gracias a la industria cinematográfica española, se ha cruzado en mi camino la oportunidad de trabajar con intérpretes de la talla de Alfredo Alcón. Lo cual, qué duda cabe, es muy de agradecer. Naturalmente, en esta formidable situación cobra mucho sentido intervenir en el mismo largometraje junto a dos compañeras y compatriotas a quienes admiro: Norma Aleandro y Cecilia Roth.

Habida cuenta de la soberbia carrera de Norma —es una de las mejores actrices del mundo—, sólo me cabe interpretar esta coincidencia como un privilegio. Sólo habíamos actuado juntos en una película anterior, y ya me pareció una experiencia fabulosa, de modo que formar parte del mismo elenco en *Deseo* (2002), de Gerardo Vera, viene a ser un ejercicio de alto valor para mí.

El caso de Cecilia es distinto, pues ambos habíamos coincidido en varias producciones televisivas que se rodaron en la Argentina. Por ejemplo, *Atreverse* (1990), de Alejandro Doria. Aparte de eso, también actuamos juntos en películas como *Caballos salvajes* (1995) y *Cenizas del paraíso* (1997), lo cual sirvió para acrecentar nuestra amistad y asimismo espoleó el deseo de volver a encontrarnos. Para aclarar este ánimo, me conviene describir el talante artístico de mi compañera. Dicho en forma abreviada: resulta muy estimulante interpretar un papel junto a Cecilia Roth. Y el motivo es claro: la intensidad que aplica a sus personajes obliga a quienes comparten su escenario a extraer una energía similar. Semejante correlación de fuerzas, como es de imaginar, repercute en los resultados artísticos de cada secuencia.

¹ Actor argentino, conocido por su intervención en largometrajes como *La noche de los lápices* (1986), *Tango feroz: La leyenda de Tanguito* (1993), *Caballos salvajes* (1995) y *Plata quemada* (2000). Las declaraciones que componen este artículo fueron recogidas el 21 de octubre de 2002, durante el encuentro con la prensa que antecedió al estreno del filme *Deseo*, de Gerardo Vera.

La cuestión que acá describo –no hace falta insistir en ello– reside en la personalidad y también en la técnica. Por lo que hace a la película de Vera, este proceso tan penetrante, tan enriquecedor, beneficiaba asimismo a mi interpretación de Pablo. Como la audiencia podrá comprobar, este personaje es un empresario argentino cuyo origen alemán le facilita la posibilidad de formar parte de una red de espionaje nazi, organizada con el propósito de facilitar la evasión de criminales de guerra. En principio, según figuraba en el guión original de Ángeles Caso, el tal Pablo era español. Más tarde, Gerardo decidió incorporarme al reparto, por lo cual hubo que reencauzar el libreto. La modificación, según he sabido después, significó el esbozo de otras figuras que también compartieran mi nacionalidad.

Esta deriva, en cualquier caso, tenía su legitimidad histórica dentro de una ficción que se ubica en el Madrid de 1945. Diré más: como argentino entiendo lo necesario que resulta descubrir ese tramo del siglo XX. Por supuesto, son muchos los argentinos que saben de las relaciones que existieron entre Perón, Franco y el Eje; pero también hay otros espectadores de mi país que ignoran los detalles de dicho vínculo.

Aparte de estos contactos entre el gobierno español de la dictadura y el gobierno peronista, casi todo el mundo ha oído rumores acerca de los numerosos jerarcas nazis que hallaron refugio en Argentina una vez acabada la Segunda Guerra Mundial. Todavía hoy este asunto genera controversia. Aun sin entrar en la ideología de Perón, el hecho cierto es que hubo una negociación germano-argentina que se reflejó en términos de intercambio económico. A no dudarlo, un repaso como éste que propone la película puede suponer una sorpresa desagradable para una parte de la audiencia. Entiéndase que, cuando hago esta reflexión, son los peronistas quienes gobiernan Argentina.

Dentro de tal contexto histórico, mi personaje, visto a través de sus vínculos sociales y familiares, posee una lógica inexorable. Por ejemplo, su madre, Clarita, encarnada por Norma Aleandro, es una dama de la alta sociedad, típica representante de la oligarquía. Entre líneas, podemos pensar que sus antepasados pudieron protagonizar el último cuarto del siglo XIX. Acaso como participantes en ese genocidio que fue la Conquista del Desierto, y cuya gran ofensiva se debió al general Julio Argentino Roca. Dado que el principal propósito de estas campañas militares era eliminar a miles de indígenas para afrancesar al país, podemos trazar sin problemas una estirpe ideológica que comience en aquella generación y que al fin conduzca hasta el militante nazi a quien yo doy vida. No en vano, el tal Pablo sostiene las mismas ambiciones y

el mismo concepto social que sus predecesores. La suya es la cultura de la deshumanización: un dominio en el que ha crecido y que le lleva a reproducir un sesgo de esta misma inclemencia en cada una de sus relaciones particulares. Consiguientemente, una figura construida con estos elementos será capaz de acariciar con la misma mano que luego ordena muertes o tormentos. En la propia Argentina conocemos casos de torturadores que después de martirizar a sus víctimas recuperaban una vida familiar aparentemente normal. Esto es algo de sobra difundido.

No resulta casual que en ese plano acoche siempre la tentación del estereotipo. Pero el asunto que aborda la película es complejo y requiere sutileza a la hora de fijar los caracteres. Para mí suponía todo un desafío llegar a comprender a una persona capaz de promover y justificar el genocidio. Buscando una senda menos tortuosa, pude limitarme a obedecer la lógica interna plasmada en el libreto, tan sólidamente construido. Sin embargo, quise ir más allá. Quise documentarme, buscar información acerca del contexto histórico, y ello me dio la oportunidad de leer el diario íntimo de Goebbels, idóneo para penetrar en una mente como la de Pablo. Mi objetivo, en suma, era humanizarlo, perfilando así a un hombre convencido de la virtud de su proyecto, un tipo a quien no le importa que ese plan político exija el exterminio de miles de personas.

De otra parte, la terrible idea de la eugenesia cuadra bien con esa pasión ciega que mantiene con Elvira (Leonor Watling). En cierto modo, Pablo descubre en ella a alguien conveniente para su proyecto de una raza superior. Casi podríamos decir que, en ese planteo distorsionado, la considera una hembra de fino linaje. Para colmo, ella es su opositora ideológica –Elvira es hija de un médico republicano que fue fusilado por los franquistas–, lo cual infunde a mi personaje un mayor entusiasmo. En este juego del deseo, Pablo sabe que si conquista a esta difícil mujer va a poder conquistar a todas las mujeres del mundo. A pequeña escala, este empeño pasional también determina una meta que guarda relación con el proselitismo nazi.

Ambos amantes deben afrontar una relación substancialmente trágica. Dentro de esa experiencia sentimental que comparten, los dos se van enamorando de algo que no existe y que inventan en el otro. No quieren reconocer la verdad de sus vidas respectivas porque este amor, como bien saben, entra en competencia directa con sus valores individuales. Es ésta la razón por la que Elvira y Pablo deben construir una ilusión paralela que sostenga, al menos por un tiempo, la entrega amorosa. En contraste, Pablo mantiene con Alina (Cecilia Roth) una rela-

ción de colegas de trabajo que asimismo comparten una misma causa. Más allá de su identidad política –ambos pertenecen a la trama nazi–, lo patente es que establecen un lazo sexual más bien ambiguo y difícil de definir. Al final, aquello que los une es la carencia de afecto, y también el sentimiento de superioridad: algo que viene a otorgarles el hecho de creerse parte de una casta de elegidos.



Gerardo Vera: *Deseo* (2002)